

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón

Milán, 20 mayo 2015

Texto de referencia: J. Carrón, Introducción, en UNA PRESENCIA EN LA MIRADA, supl. De Huellas-Litterae communionis, mayo 2015, pp. 1-16; L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 52-95.

The dimming of the Day

Liberazione n. 2

Gloria

Empezamos el trabajo sobre la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad junto a lo que nos quedaba del capítulo de *Por qué la Iglesia* sobre el que estábamos trabajando, que como hemos visto, está muy relacionado con lo que dijimos en Rímimi. He recibido una carta sobre el tema de la Resurrección, que fue el punto central de la Introducción: «Querido Carrón, en vista de la próxima Escuela de comunidad te planteo una pregunta que planteé también en el grupo donde preparo escuela pero que no se respondió. Es sobre la Resurrección. Con toda mi buena voluntad, la Resurrección sigue siendo para mí un concepto realmente abstracto y vago. Después de los Ejercicios se me quedó grabado lo que nos dijiste, que solo gracias a la Resurrección podemos responder a la pregunta: ¿realmente vale la pena haber nacido? Porque esta pregunta sobre el sentido me la planteo a menudo, y puesto que quiero responderla, me interesa entender qué es la Resurrección, me interesa que no sea solo algo abstracto. Entonces, puesto que realmente no entiendo la Resurrección y sigo viviendo como si no existiera –hasta el punto de que tengo miedo de la muerte–, te quería preguntar para entender mejor: ¿qué cambia en tu vida la Resurrección? ¿Cómo sería tu vida sin la Resurrección? ¿Qué cambia en mi vida la Resurrección? Yo me pregunto: si Jesús no hubiese resucitado, ¿no tendría igualmente una familia, no trabajaría –como hace todo el mundo–, no buscaría igualmente una satisfacción en todo lo que hago? ¿Entonces? Resucitado o no, ¿qué cambia? Planteo la pregunta en negativo, porque si lo hago en positivo me da la impresión de que todas las respuestas son incomprensibles... Por ejemplo, en mi Escuela de comunidad me dijeron que gracias a la Resurrección el cristianismo existe, porque los discípulos ya se habían perdido tres días después de la muerte de Jesús. Pero yo digo: ¡hay muchas religiones que siguen existiendo en el tiempo! También me han dicho que gracias a la Resurrección las cosas tienen un sentido. Pero yo digo: yo tendría igualmente un marido, tendría hijos a los que quiero mucho, amigos, un trabajo que me gusta y un deseo de vivir. Espero que puedas responder a estas preguntas». Agradezco a nuestra amiga que nos haya puesto delante esta pregunta, porque está dirigida a todos nosotros. ¿Qué podría responder cada uno de nosotros a partir de la propia experiencia? ¿Es concreta la Resurrección (y no solo un concepto abstracto y vago)? Otra persona plantea el mismo problema pero de otra forma: «Delante de la testarudez de uno que hace el mal, ¿qué puede hacer la misericordia? ¿De qué victoria estamos hablando, si en el fondo no consigue cambiar nada?». Evidentemente, a estas preguntas no se puede responder con reflexiones teóricas,

porque quien tiene la pregunta percibiría las respuestas como conceptuales e inadecuadas. Que salga a la luz una pregunta como esta es un bien para todos, porque nos obliga a todos a ver qué experiencia hacemos de la Resurrección.

Hace dos meses empecé a trabajar como enfermera. Deseaba poder ir a los Ejercicios, pero en un momento dado fue evidente que no había posibilidad de ir, ni cambiando los turnos ni de ningún modo. Hablando con un amigo mío me decía: «Es evidente que tienes que quedarte trabajando. Veamos qué puedes descubrir, desde hoy mismo, en la espera de esos días». Delante de su posición, tan razonable y sencilla, me descubrí mirando este hecho de una forma completamente diferente: yo lo deseo todo ahora, deseo encontrarte a Ti ahora. Y así sucedió cenando con algunas amigas justo la noche antes de los Ejercicios. Delante de ellas me era imposible decir que Jesús se hubiese olvidado de mí. Y aun así, a la mañana siguiente me desperté a las cinco y media y estaba agotada, no quería levantarme. Pero tenía que hacerlo, así que me levanté, me fui al hospital y me encontré con que mis compañeras estaban completamente desganadas, no tenían ganas de trabajar, el reparto era un delirio. Empecé a preparar las terapias antes de entrar en las habitaciones. Me venía constantemente una pregunta: ¿cómo puedo decir que todo esto no es un menos respecto a lo que está a punto de suceder en Rímini? Dentro de ese dolor volvían los rostros verdaderos de mis amigas de la noche anterior, la nostalgia de Cristo, es decir de esa mirada única que me define. Empecé a entrar en las habitaciones con todo esto en el corazón y me sorprendí queriendo a mis pacientes, a mis compañeros y al delirio que había en el reparto. Pero el hecho que me sobrepasó por completo fue cuando me encontré delante de un paciente que empezó a gritarme porque el médico, sin avisarle, le había cambiado la terapia, y evidentemente pedía una explicación. Yo me quedé ahí escuchándole hasta que se calmó, y entonces empezamos a ver por qué le habían cambiado la terapia, y cuando llegó el médico lo hablamos también con él. Cuando salí de la habitación mi compañera me miró y me dijo: «Perdona, estaba escuchando desde el pasillo la escena que te ha montado ese hombre y no me puedo creer que estés así. ¿Cómo es posible? Esperaba encontrarte destrozada, o que te hubieras ido a los dos minutos. No se merece tu tiempo. A veces me pregunto por qué hago mi trabajo con tanto esfuerzo si al final no recibo nada a cambio. Podría hacerlo perfectamente sin amor». Mi compañera me sorprendió porque su pregunta era verdadera, y yo me preguntaba: ¿por qué de pronto todo se convierte en algo que es "para mí"? ¿Por qué la realidad, incluso cuando no es inmediata, cuando está lejos de la belleza, puede convertirse en lo más querido del mundo? ¿Por qué se puede amar? Cuando empecé a trabajar la Introducción de los Ejercicios me impresionó cuando hablabas de la Resurrección en la mirada. Esa brecha que se había abierto cada vez más en mi corazón mientras empezaba a trabajar, esa nostalgia de Jesús, la nostalgia de mis amigas, es la victoria de Jesús en mi vida. La verdad de la realidad es Jesús resucitado. La verdad del reparto del hospital, de mi compañera, de mi paciente, es esa mirada que ha entrado en mi vida y ha herido mi corazón para siempre, hasta el punto de que puedo despertarme sin ganas y aun así la echo de menos. Lo que define la realidad no es su apariencia, sino mi mirada llena de Jesús; y la realidad es el lugar de este Misterio que me invita a conocerlo en cada instante. Cuando estaba trabajando durante los días de los Ejercicios

de la Fraternidad me volvía constantemente a la cabeza el mensaje que dirigiste a los bachilleres al final del Triduo: nuestros aliados son el corazón y la realidad. Querría trabajar todos los días como lo hice durante ese fin de semana, y querría vivir los Ejercicios como esos días, incluso estando en el hospital o ahora devorándome cada mañana el texto. No tengo ninguna queja en el corazón, porque aquí estaba todo lo que mi corazón necesitaba. Y estoy agradecida de que el sacrificio que suponía quedarme aquí haya permitido que volviese a darse el amor por este camino y esta compañía con una frescura nueva que ya no puedo quitarme de los ojos.

Gracias. A veces los demás se dan más cuenta que nosotros de cuál es la novedad que la Resurrección introduce en la vida, como su compañera, que delante de la forma con la que había estado delante del paciente decía: «Pero, ¿cómo es posible? Pensaba que ibas a estar destrozada o que te habrías ido a los dos minutos». Y sin embargo, sigue en pie, contenta. ¡Cuántos episodios vemos como este! ¡Cuántos hechos de este tipo nos contamos cuando estamos comiendo o con un grupo de amigos! Os leo uno que podéis leer en *Huellas* y que habla de nuestros amigos perseguidos. «Un hombre de Mosul me ha contado», dice el padre Douglas de Iraq, «que cuando el Isis llegó a la ciudad, su vecino musulmán llamó a su puerta y le dijo: "Tienes que irte, y yo voy a ocupar tu casa. Si no lo hago yo lo hará otra persona. Si mañana te vuelvo a ver, te mato". El hombre se preparó para irse, hizo las maletas, metió en el coche a toda su familia. Pero antes de irse va a casa de su vecino y llama. "¿No te había dicho que te mataría?". Y el cristiano le dice: "Hace treinta años que somos vecinos, no quería irme sin despedirme". El musulmán se echa a llorar: "No, quédate. Yo te protegeré". Y el otro: "No, éramos vecinos. Ahora ya no lo somos, la confianza se ha roto"» («Pertenece solo a Jesús», entrevista de Luca Fiore al padre Douglas Bazi, *Huellas*, mayo/2015). Antes de irse pasa a saludar a quien le ha prometido que le va a matar, ¿esto es un hecho concreto o un concepto vago? Los *Hechos de los apóstoles* están llenos de estos episodios, nuestra misma historia está llena: en la modalidad con la que estamos juntos, en la modalidad con la que muchas veces uno afronta la enfermedad, en la modalidad con la que uno vive cuando pierde el trabajo, en la modalidad con la que uno se enfrenta a la cotidianidad, en la modalidad con la que uno se despierta por la mañana, hay muchos, muchos, muchos hechos. No nos faltan hechos con los que hacer las cuentas, pero ¿por qué no lo relacionamos con la Resurrección? ¿De dónde nacen estos hechos? Es como si nos encontrásemos en la situación de la que hablo en la Introducción: el día de Pentecostés, ¿los discípulos se comportaban así porque estaban borrachos? ¿Era esta la razón de su "novedad"? ¿Qué hace falta para que podamos reconocer en los hechos la Resurrección, y no solo como la repetición de un concepto que en el fondo está vacío? Esto nos habla del trabajo que cada uno de nosotros debe hacer. No es que no sucedan cosas, sino que a menudo las damos por descontado, como si fuesen obvias, hasta que uno se ve afectado por una enfermedad, o se queda sin trabajo, o se encuentra solo o la familia se rompe; es entonces cuando empieza –a lo mejor– a darse cuenta de que hay muchas cosas que no eran tan obvias, y empieza a entender en qué consiste la Resurrección. Pero, como decía don Giussani (lo cité también en la asamblea), lo que nos ayudará no es tanto una reflexión teórica, sino que empecemos a darnos cuenta de que necesitamos hacer el trabajo que se propone en los Ejercicios. Una pregunta como

la de la Resurrección nos muestra la importancia del trabajo que tenemos que hacer. Como podéis ver, ni siquiera la afirmación grandiosa de la fe cristiana, es decir la de la resurrección de Cristo, se impone por sí misma, y no basta que la repitamos formalmente para que se convierta en algo crucial para la vida. Por eso don Giussani, que conocía bien nuestra situación histórica, decía que ya no entendemos el valor de las palabras cristianas, y la Resurrección es una de las palabras claves de la fe. Si no la entendemos nosotros, que seguimos teniendo una relación con el hecho cristiano... imaginaos lo que es para los demás, por ejemplo los chinos. Para un chino la palabra "resurrección" es algo completamente fuera de cualquier verificación. Don Giussani afirma: «La fe no puede hacer trampas, [¡La fe no puede hacer trampas!], no puede decirte: “Es así” y obtener mecánicamente tu asentimiento [...]. ¡No! La fe no puede hacer trampas porque está de algún modo ligada a tu experiencia: de alguna manera, se presenta ante el tribunal en el que tú eres el juez, se somete a tu experiencia» (L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro* (1986-1987), BUR, Milán 2010, pp. 300). Insisto, no es que no hayamos escuchado mil ejemplos de testimonios o que no hayamos visto nada, pero esto no es suficiente. Si uno no hace una experiencia personal, ni siquiera estar juntos es suficiente, porque uno puede participar de una compañía y decir que es algo vago. Si estar juntos no nos estimula más a hacer el trabajo que nos indica don Giussani, si no es una invitación constante a verificarlo, no encontraremos respuestas a nuestras preguntas. Tiene que presentarse «ante el tribunal en el que tú eres el juez, se somete a tu experiencia», dice Giussani. Pero «tampoco tú puedes hacer trampas, porque para poder juzgarla debes emplearla [no puedes repetirla como una frase vacía. ¡Tienes que juzgarla, tienes que emplearla!], [...] para comprobar si cambia tu vida; y no una fe como tú la interpretas, sino la fe tal como se te ha transmitido, la fe auténtica. Por eso nuestro concepto de fe tiene un nexo inmediato con cada momento del día, con la práctica ordinaria de nuestra vida [si no vemos ahí qué es la Resurrección, nadie podrá convencernos. Y pone un ejemplo:] [...] Si tú, que estás enamorado de una chica, [no puedes ver, en un momento dado] de qué modo la fe cambia esa relación, [pensemos en la lista de cosas que decía la primera carta que he leído antes: la relación con el marido, el trabajo, los hijos: si no ves de qué modo la fe cambia la vida, haciéndola mejor], [...] si nunca has podido decir: “Mira qué humana hace mi vida la fe”, si nunca has podido decir esto, la fe nunca llegará a ser convicción [...], no generará nada, porque no ha tocado el fondo de tu persona» (*ibídem*, pp. 300-301). A estas preguntas es necesario responder con la verificación de lo que se nos propone. Para poder verificarlo tengo que abrirme a la posibilidad de que suceda, porque si no me abro a la posibilidad de tomarme en serio que Cristo haya resucitado, delante de una enfermedad, o de la circunstancia del trabajo, o delante de la soledad o de la angustia que tengo, empiezo a ver que hay gente que vive estos desafíos de una forma y yo de otra. Acoger esta diferencia es un problema de atención, que yo me dé cuenta depende de si tengo o no la brújula, el detector, porque si no, como podéis ver, todo se vuelve igual. Pero si todo es igual –atención a la importancia que esto tiene para nuestra vida–, se derrumba la razón por la que don Giussani ha hecho el movimiento, es decir, para mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida. Si esta pertinencia no aparece delante de nuestros ojos, ¿qué interés tendrá la fe para nosotros? Justamente por eso empezamos el trabajo sobre los Ejercicios.

He recibido otra pregunta sobre la Resurrección: «¿Cómo puedes decir que lo que documenta la verdad, es decir la realidad de lo que hemos celebrado en la Pascua, es el acontecimiento de un pueblo?». En los Ejercicios, de hecho, para mostrar que lo que hemos celebrado en la Pascua no es solo un rito, un recuerdo devoto, sino que tiene la consistencia real de un hecho, subrayé que la documentación más evidente de esto es el acontecimiento de un pueblo. «En cuanto leí esta frase», sigue la carta, «me sorprendí, porque si pienso el deseo de infinito que tengo, nunca habría pensado que un pueblo pudiese ser la respuesta». ¡No hemos dicho que el pueblo sea la respuesta! ¿Veis cómo cambia la interpretación? Hemos dicho que el pueblo es el signo del hecho de que muchos han encontrado la respuesta en el Resucitado, y que ese pueblo no sería posible sin Su resurrección. «Tomás, ven aquí, mete los dedos», «Pedro, ¿tú me amas?», «¡María Magdalena!», «¡María, despierta!». Uno a uno. No es que, como estaban solos y perdidos, se pusieron de acuerdo y a partir de ese momento nació el pueblo como respuesta al deseo que tenían. ¡No! Ese pueblo ha encontrado la respuesta en el encuentro con Cristo resucitado, y ahora empieza a vivir de una determinada manera. El pueblo que encuentra la respuesta en Cristo documenta la verdad de ese acontecimiento que no podemos aferrar si no es a través de los efectos que produce. Porque ha sido testigo de la resurrección de Cristo en el momento en que sucedió. Los discípulos le pusieron en el sepulcro y cuando volvieron el sepulcro estaba vacío. Nadie le vio resucitar. Por eso la resurrección de Cristo es un evento tan particular, único. No es la "resurrección" de Lázaro: una reanimación del cadáver que te permite volver a encontrártelo por el camino. La resurrección de Cristo es un evento único en la historia: un Hombre que estaba en el sepulcro entró en el mundo definitivo: ha resucitado y vive para siempre, no como Lázaro que igual que volvió a la vida, tiene que volver a morir –sería una vaga consolación: prolongar la vida durante un cierto periodo, como puede hacer ahora la medicina, retrasando el final algún mes o algún año–. La resurrección de Cristo es un evento de naturaleza muy diferente del que no tenemos un testimonio inmediato y directo. Lo reconocemos por Sus apariciones y por los signos que el Resucitado dio a los apóstoles, y que ellos testimoniaron. ¿Por qué los apóstoles no nos tomaron el pelo inventándose la resurrección de Jesús? Como la objeción que hacen en los Evangelios: ¿no habrán robado el cuerpo de Jesús? Todo lo que nació después de Su crucifixión sería imposible si Cristo no hubiera resucitado. Por eso para la próxima Escuela de comunidad retomaremos el primer capítulo de la segunda parte de *Por qué la Iglesia*, en el cual Giussani responde a esta pregunta: ¿cómo se explica el hecho de que la Iglesia desde el comienzo se manifiesta en la historia como la continuidad de Jesucristo? Y, ¿qué relación hay entre la Resurrección y esta continuidad en la historia? El pueblo no es la respuesta, porque la única respuesta que la fe cristiana ofrece a cada miembro del pueblo es Cristo resucitado, no es la «compañía utópica», no es la compañía la respuesta al deseo del hombre, porque todos tenemos que morir. La compañía, la Iglesia, es el lugar donde se testifica que Cristo ha resucitado, porque si no, no estaríamos aquí. Entender esto es crucial. Otro de vosotros me dice: «¿Qué es lo que puede demostrar la verdad, es decir, la realidad de lo que hemos celebrado en Pascua? Solo un hecho: el acontecimiento de un pueblo, como el que nosotros hemos visto en la plaza de San Pedro» [está citando los Ejercicios, p. 4]. ¡No! No estoy de acuerdo. Diez personas o un millón no confirman ni desmienten nada». Estoy completamente de acuerdo. Y con

esto, ¿a qué conclusión podemos llegar? ¿Es un modo de razonar que no tiene ni pies ni cabeza! El problema es qué tipo de personas son las que se han reunido en Roma y qué testimonian. Es verdad que si no hacemos lo que Giussani nos ha dicho tantas veces, es decir un trabajo "sobre el instrumento del pensamiento", sobre la forma en la que razonamos, sobre cómo estamos delante de la realidad, ni siquiera las cosas más evidentes podrán convencernos de algo. Y luego decimos «¡No!». Fijaos en lo que dice don Giussani: «La Iglesia se presenta en la historia ante todo como relación con Cristo vivo. [...] Un recuerdo piadoso [enumera algunas de las posibles interpretaciones de ese núcleo de personas que se llama "Iglesia"], sin embargo, no habría podido mantener unido a aquel grupo en condiciones tan difíciles y hostiles, ni siquiera aunque hubiese alentado en ellos el deseo de difundir las enseñanzas del Maestro [como si la Iglesia fuese una especie de círculo platónico]. Para aquellos hombres, la única enseñanza que no podía ponerse en cuestión era que el Maestro estaba presente, que Jesús estaba vivo y esto es exactamente lo que nos han transmitido: el testimonio de un Hombre presente, vivo. [Podemos pensar que nos están tomando el pelo o que dicen la verdad, pero lo que sí es cierto es que todos los documentos del Nuevo Testamento, del siglo primero, escritos en griego, son el testimonio de un grupo de personas que dice que un Hombre, un amigo suyo, al que habían puesto en el sepulcro, ahora vive, y saben distinguir perfectamente qué significa decir: "Vive Lázaro" y: "Vive Jesús resucitado"; ¡no se confunden!] El comienzo de la Iglesia es precisamente este conjunto de discípulos, este pequeño grupo de amigos, que tras la muerte de Cristo sigue estando unido igualmente. ¿Por qué?» (L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 100-102). Cada uno de nosotros tiene que encontrar la respuesta a esta pregunta. Pensemos en el ejemplo que pone Giussani en *El sentido religioso*: si esta noche una de vosotras llega a casa y se encuentra en la mesilla de noche un precioso ramo de flores, tiene que darse razones de su presencia. Va a preguntar a alguien que esté en casa: «¿Quién me ha traído estas flores?». ¿Por qué preguntas, si lo único que ves son flores? ¿Por qué estás tan segura de que hay un "quién", si no lo ves? Puedes dar mil interpretaciones, pero hasta que no identifiques una explicación adecuada a la presencia de las flores, no te quedarás tranquila. Lo mismo sucede con la Resurrección. Esas personas empiezan a vivir una determinada vida, el ramo de flores no es nada en comparación con la novedad de vida que testimonian. «¿Por qué? Porque Cristo resucitado se hace presente en medio de ellos» (*ibídem*, p. 102). ¿Que a alguien no le gusta esta interpretación porque es cristiana? La pregunta se queda igual que antes. Es como si alguien preguntase: «¿Quién ha puesto ahí esas flores?», y otro le respondiera: «¿Por qué te lo preguntas? Están ahí porque están ahí»: no la percibiría como una respuesta adecuada a su pregunta. No basta una respuesta cualquiera. Si no estás de acuerdo con que Cristo resucitado se hace presente en medio de ellos, la pregunta sigue estando tal cual, ahora como hace dos mil años. Porque los que viven en Cristo y reconocen a Cristo resucitado viven una determinada vida y están juntos de una determinada forma. ¿Por qué? Sigue Giussani: «Cristo sigue en la historia [...] con el rostro histórico y vivo de la comunidad cristiana, de la Iglesia. Con su existencia y con su testimonio aquellos primeros discípulos, aquel pequeño grupo de amigos, nos transmiten que Dios no bajó a la tierra un instante [...] [sino que] vino [...] para quedarse en el mundo». Todos los episodios de los *Hechos de los apóstoles* «atestiguan

simplemente que continúa una presencia familiar» (L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. Cit., pp. 102-103). Muchas personas han escrito sobre lo que les ha sucedido durante los Ejercicios: no saben explicar por qué, pero han vuelto a casa diferentes, han retomado sus vidas de un modo diferente y pueden afrontar las circunstancias de la vida de un modo diferente. Esto, la presencia en la historia de personas cambiadas y del pueblo al que pertenecen, esta realidad que no es algo del pasado sino del presente, será lo que constantemente desafíe la razón y la libertad de quienes les conozcan. Si uno conoce personas para las que la resurrección de Cristo es un hecho, se volverá a plantear la pregunta como si fuese el principio de los *Hechos de los apóstoles*, hoy igual que hace dos mil años, como hemos visto en el video *El camino hermoso*. Entonces, ¿qué hace falta para entender esto?

Necesito contarte, dándote también las gracias, lo que me he llevado a casa después de los últimos Ejercicios de la Fraternidad. Incluso habiendo acogido la provocación de nuestro responsable, que nos repetía que teníamos que pedir todo a este gesto, desde hacía algunas semanas yo estaba experimentando la posición que has descrito algunas veces: no entenderemos nada si no tenemos la tensión por comprender. Sin esta tensión empecé el gesto, siempre dentro del abrazo alegre y amistoso de la compañía, pero en el fondo aceptando la idea de que al final me llevaría a casa probablemente algo bueno, pero desde luego nada determinante. Mira lo que me ha pasado. Antes que nada, ya tengo cincuenta y cuatro años, llevo ya la vida en el movimiento (hice la vida del CLU en Pisa), estoy casado y tengo un hijo; pero desde siempre llevo conmigo las heridas que he ido recogiendo a lo largo de mi vida. Hay una en particular que me persigue y que precisamente se volvió ese sábado por la tarde dejándome completamente hundido, desmoralizado, no tanto por mi incoherencia sino por la desproporción abismal, enorme entre el camino de conversión al que estoy llamado y la situación en la que me encuentro. Hasta el punto de que a la mañana siguiente, siendo tan evidente la herida, en el desayuno dos personas que se dieron cuenta vinieron a preguntarme si estaba bien, y yo les respondí rápidamente que sí, pero sin atreverme a mirarles a los ojos. La asamblea del domingo por la mañana la escuché prácticamente con la misma atención que una ameba. Durante el viaje de vuelta está como adormecido, como en la canción de Guccini. Aunque luego en casa conté de la belleza del gesto, mi mujer que me conoce bien entendió enseguida que no todo había ido tan bien, pero precisamente porque me conoce, juzga siempre que estas cosas que me pasan son tonterías, y disgustada, no hace mucho caso. De este modo llegué el lunes a la oficina y no pude no juzgar pragmáticamente todo lo que estaba pasando. A un lado de la balanza pondría el peso de mi mal. ¿Y en el otro? ¿Qué pongo al otro lado? ¿La percepción de un gesto bello que probablemente he inflado? Entonces mi estructura humana, la mirada que tengo sobre mí mismo, ¿es la suma de estas dos influencias? Pero Su presencia, Su presencia viva y experimentable es otra cosa. Es otra cosa. Y esto es lo que yo necesito. En ese momento, no sé cómo explicarlo –como ahora–, me conmoví hasta las lágrimas, y me invadió una gratitud inmensa por nuestra historia, por la verdad de esa dinámica que ha retomado el Santo Padre por la que el Misterio nos rescata precisamente donde yo creía que era imposible, y que también retomó Julián citando a Giussani en los Ejercicios de la Fraternidad del

2013, donde expresa el hecho de que «El Señor permite nuestros errores y nuestros pecados como un modo extraño, pero el más dramáticamente operativo, el más eficaz pedagógicamente hablando, para ahondar en el sentido de nuestra relación con Él. Somos tan tenaces en el amor propio que, sin la experiencia de nuestro límite, no diríamos con autenticidad: "Dios, tú eres todo" y "yo soy nada"» (L. Giussani, en J. Carrón, «¿Quién nos separará del amor de Cristo?», *supl. de Huellas-Litterae communionis*, mayo 2013, p. 51). Es como si delante de la belleza y la solemnidad del gesto faltase mi carne hasta este punto de juicio. A partir de ese momento viví todo el día atento, en tensión y contento por las personas que tenía a mi alrededor. La primera consecuencia fue que al volver a casa no pude no responder a mi mujer que me preguntó: ¿cómo estás? «Muy bien», mirándola a los ojos y amándola aún más. Esto y poco más ha bastado para convencerla de que se apuntase a los Ejercicios de trabajadores. Pero esta dinámica no es mía, no es harina de mi saco. Solo puedo aprenderla, pedirla. Y este es el único, el único lugar que he encontrado que hace que sea posible, en el que mi tejido humano, cuando se deja abrazar por la presencia de Aquel que hace todas las cosas, se regenera. Un lugar así tiene que estar sostenido. No encuentro otro motivo plausible que pueda hacerme saldar la deuda del fondo común, que hasta ayer estaba vacío como un pozo sin fondo. Ya lo he solucionado. Pido perdón, pero solo ahora me es claro el nivel al que se juega la cuestión.

Podemos participar en un gesto, como dices tú, y no estar realmente presentes. Lo que faltaba a la belleza del gesto era tu carne. Cuando la carne empieza a estar presente uno se empieza a dar cuenta. Y cuando Le deja entrar, cuando se deja abrazar por la presencia de Aquel que hace todas las cosas, como dice don Giussani, quien acepta esto, no se adherirá a la fe sin motivos, es decir sin razones, sino que podrá hacerlo viendo qué es lo que provoca en su vida, y entonces podrá decidir si es razonable o no reconocerle, adherirse. Por eso don Giussani nunca nos ha prometido que fuese algo automático, como tampoco lo hizo Cristo, porque no sería digno del hombre. Es solo una presencia que pide ser acogida por la sencillez del niño de la que habla Giussani a propósito de la Resurrección; lo que tenemos que recuperar es «la inteligencia del niño», para poder mirar las cosas de forma verdadera. «Se llama "fe"» (J. Carrón, *Una presencia en la mirada*, op. cit., p. 9).

En una de las últimas Escuela de comunidad, hablando del encuentro de Roma usaste la expresión: Roma locuta, causa finita est; es decir, Roma ha hablado, no hay nada que discutir. Esta expresión, este juicio entró en mí de golpe y empezó a trabajar muchísimo en mí, respecto a lo que sucedió en Roma y también a lo que me ha ido sucediendo, y se convirtió para mí en la forma de mirar las cosas como si fuera una hipótesis. Y lo que más me ha sorprendido desde que entró esta hipótesis ha sido su poder de incidencia.

¡Atención! En cuanto permitió que entrara esta hipótesis... Giussani nos ha propuesto la fe como una hipótesis. Lo que para Él es una certeza, una certeza de la totalidad de la Iglesia, hasta el punto que se llama "dogma", lo ha propuesto como hipótesis de trabajo para que la verifiquemos, para que se pueda hacer evidente delante de nuestros ojos. Si

no usamos esta hipótesis es imposible que se vuelva evidente, es decir, que la hipótesis encuentre una confirmación en la verificación.

De hecho yo lo he confirmado, porque desde que entró ha tenido, como decía antes, un poder de incidencia fortísimo. Pongo un ejemplo para explicar cómo he percibido, cómo me he dado cuenta de que este Roma locuta tiene poder de incidencia. Porque me he dado cuenta que en mí el derrumbamiento de las evidencias empieza... lo veo cuando me doy cuenta de que he deformado la realidad que tengo delante. Por ejemplo me pasa con las personas, cuando me doy cuenta de que deformedo la persona que tengo delante con lo que yo querría ver en ella, o cómo tendría que ser la relación, mientras que cuando estoy delante de las cosas con esta posición de Roma locuta, es decir con todo lo que soy, se da esta alianza con la realidad y es como si se abriese una posibilidad de compromiso y descubrimiento completamente nuevos. He registrado muchos datos introducidos por esta mirada de Roma locuta. Digo solo los dos principales. El primero es que esta mirada abre en mí una conciencia imparable como percepción nueva de mí misma, incluso como posibilidad de conocerme. Porque, por ejemplo, me he encontrado en una situación donde me vi delante de una posición para mí insoportable, donde sin embargo, estar delante de esta posición me ha hecho recordar de quién soy y he podido conocerme más a mí misma. El segundo dato es que cuando se da esta posición, cuando entra este juicio, se crea como un hilo conductor entre las diferentes cosas y me doy cuenta de las cosas reales, de los objetos que tengo a mi alrededor, de los detalles que cuenta la persona que tengo delante. Es como si las cosas no fuesen solo un decorado, sino que cobran vida colocándose en un horizonte unitario. Digamos que estos datos, delante del tribunal de mi experiencia del que hablabas antes, me convencen.

¿Por qué?

Porque ninguna otra forma de mirar tiene este poder, ninguna otra interpretación tiene este poder.

Podemos asumir como hipótesis de trabajo la afirmación de la Resurrección o la intervención del Papa en Roma (después de que hablase las discusiones eran inútiles), y esto hace que surja la verdad en la experiencia delante de nuestros ojos; o podemos usarla como a nosotros nos parezca. Pero entonces nunca verificaremos lo que se nos dice, solo nuestros pensamientos. ¡Y el resultado será lo que hemos visto tantas veces! El comienzo del trabajo nos ha permitido identificar cuál es la forma en la que debemos verificarlo. Por eso, si no estamos en tensión para ver en qué situaciones, en qué hechos se testimonia delante de nuestros ojos, en mi experiencia o en la de los demás que Cristo ha resucitado y qué me ha permitido caer en la cuenta de ello, aunque hablemos de la Resurrección se nos quedará nada. La fe en la Resurrección no crece repitiendo el discurso sobre la misma; la fe crece, como creció la fe de los discípulos, viendo los signos, viendo los datos, que hacen que se despierte una pregunta que ni ellos ni nosotros podemos dejar de hacernos: «Pero, ¿quién es Este?». Esto hacía que se abrieran para poder reconocer que no cualquier respuesta puede explicar de forma adecuada ese hecho. Tanto ayer como hoy. Esto implica por nuestra parte dar todo el espacio para verificarlo en la experiencia. Ninguna

repetición formal, como hemos visto, ni siquiera la de la Resurrección, puede ser suficiente, porque puede convertirse en algo vago.

Termino con una carta que introduce el texto que hemos preparado para las Elecciones administrativas *Volver a partir desde abajo. Implicarse por el bien común*. Algunas personas ya han empezado a usarlo; nos ha escrito un amigo nuestro que ha tenido cierta responsabilidad en política. Esta carta puede ayudarnos en el trabajo que nos espera: «Me permito escribirte porque siento la necesidad de agradecerte por el texto sobre las elecciones administrativas que el movimiento ha difundido. Después de la amargura con la que he vivido el epílogo de la experiencia vivida como administrador de la Región de Lombardía, que a pesar de todos los límites y los errores sigo pensando que ha sido el intento más concreto de nuestro país de gestionar una realidad institucional compleja a partir del principio de subsidiariedad, no solo afirmado teóricamente sino planificado de forma concreta, este reclamo al valor de la buena política me ha hecho revivir las razones profundas del inicio de mi tarea como administrador local hace cuarenta años en las elecciones administrativas de 1975. Mi sí de ese momento a la propuesta que me hizo el movimiento, en respuesta a una clara indicación de los obispos, representó una evolución natural, en un ambiente diferente, de lo que había vivido durante años en la experiencia de la caritativa: la vida tiene sentido si se comparten las necesidades de aquellos que el Señor te pone delante. Después de muchos años de vida política (ahora ya no tengo responsabilidades en política, pero sigo trabajando en el ámbito de las instituciones públicas) puedo testimoniar con certeza que la política, o es una forma la caridad o se convierte en un cáncer que corroe tu humanidad. Espero que este juicio que nos has ofrecido para que reflexionemos contribuya al nacimiento de una nueva generación de personas dispuestas a jugarse la vida al servicio del pueblo en el ámbito de la política y de las instituciones públicas. Sería preocupante que por un purismo mal entendido dejásemos estos ámbitos a quienes, con mayor o menor capacidad de engaño, en el fondo solo buscan el poder personal y su propio beneficio. Cordialmente». Como podéis ver, el texto del papa Francisco que hemos incluido es precisamente una invitación a esta tarea. Muchas veces nos preguntamos qué podemos hacer: aprovechando que hay elecciones administrativas podemos empezar a jugar con la posibilidad de dialogar con cualquiera.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 17 de junio a las 21:30. Retomaremos la Introducción de los Ejercicios junto con el comienzo de la segunda parte del libro *Por qué la Iglesia*, el capítulo titulado: «La continuidad de Jesucristo: raíz de la conciencia de sí que tiene la iglesia», que contiene la respuesta de la pregunta que ha salido hoy.

Vigilia de Pentecostés. Como sabéis, el movimiento se ha adherido a la propuesta de la CEI de participar en la vigilia de Pentecostés el sábado 23 de mayo, para rezar por nuestros mártires y por los cristianos perseguidos. Se pueden seguir las noticias y los testimonios a través de las redes sociales, usando el hashtag #free2pray, que puede ser útil tanto para seguir las noticias como para la vigilia misma y para los encuentros que se están organizando, para dar a conocer las iniciativas y los testimonios de fe viva que provienen de las zonas más conflictivas de la tierra. En el número de *Huellas* de mayo hay un Primer Plano (del que he hablado antes) dedicado a los cristianos perseguidos con

historias, testimonios y contribuciones que nos ayudan a entender la preocupación a la que el Papa nos reclama continuamente. Por este motivo os proponemos a todos una difusión extraordinaria de la revista el próximo fin de semana. Respecto a las vigiliias, que cada uno se informe de cuáles son las propuestas que la Iglesia hace en su propia diócesis o que promueva una si no se ha organizado nada.

Volver a partir desde abajo. Implicarse por el bien común. Aunque las elecciones sean solo en algunas regiones, el texto que ha publicado CL es un instrumento para dialogar sobre las cuestiones que creemos que son decisivas para todos, no solo para el que va a votar. Con el documento que hemos preparado, con el título «Volver a partir desde abajo. Implicarse por el bien común», queremos ofrecer un instrumento para dialogar que nos ayude a retomar el ideal para el bien común, que en tantas ocasiones vemos que la gente desea y reclama. El documento está disponible en la página web de CL. Os proponemos que lo deis a vuestros amigos y conocidos en los diferentes ámbitos en los que os movéis y que lo utilizéis para eventuales encuentros públicos.

Vacaciones. En cuanto a las vacaciones de las diferentes comunidades, no las demos por descontadas como si fuesen un rito que repetimos cada año. Preguntémonos: ¿por qué organizamos las vacaciones? ¿Qué queremos comunicar? ¿Qué nos interesa vivir juntos? aprovechemos este momento para comunicar algo de la belleza y de la alegría que hemos encontrado, para que la gente pueda entender qué quiere decir la Resurrección. Un amigo que viene por primera vez, ¿qué nos gustaría que viese? ¿De qué nos gustaría que pudiese hacer experiencia? De este modo las excursiones, los testimonios, la presentación de un libro, el diálogo sobre algo que nos interese, la Misa, los Laudes, el Ángelus, todo se convierte en una ocasión en la que podemos ver qué son las vacaciones, usando todo el tiempo como paradigma de la vida; las vacaciones como la modalidad con la que estamos en la realidad con la conciencia, con la mirada sobre la misma que nace de la fe.

Veni Sancte Spiritus